



► *The Falling Sky. Words of a Yanomami Shaman*

DAVI KOPENAWA Y BRUCE ALBERT, 2013

Harvard University Press, Cambridge, 622 pp.

Enseñanzas para el hombre blanco. Una lección desde el Amazonas

IGNACIO SARMIENTO

Teachings for the White Man. A Lesson from the Amazon

IGNACIO SARMIENTO
Tulane University, Nueva Orleans,
Luisiana, Estados Unidos
isarmien@tulane.edu

Desacatos 49,
septiembre-diciembre 2015, pp. 182-186

The *Falling Sky. Words of a Yanomami Shaman* (2013) es el nombre de la reciente traducción al inglés del libro *La chute du ciel: paroles d'un chaman yanomami*, publicado en Francia en 2010. La traducción estuvo a cargo de Nichollas Eliot y Alison Dundy y el libro fue editado por Harvard University Press. El texto posee, según su descripción, dos autores en este orden: Davi Kopenawa y Bruce Albert. El primero es un chamán yanomami que ha logrado constituirse en uno de los principales intelectuales indígenas que habitan en Brasil. Durante los últimos años, Kopenawa se ha abierto importantes espacios para la difusión de su pensamiento tanto en el ámbito nacional como en el internacional y ha sido orador invitado en Estados Unidos y en diversos países de Europa. Albert, por su parte, es un antropólogo marroquí que realizó sus estudios doctorales en Francia, país donde reside y ejerce como investigador en el Instituto de Investigación para el Desarrollo, en París. Este libro es producto de una larga amistad entre ambos, cuyos orígenes se remontan a finales de la década de 1970, cuando Kopenawa

trabajaba como intérprete de la Fundación Nacional del Indio (Funai), órgano estatal de Brasil dedicado a tratar asuntos indígenas, y Albert se encontraba en los primeros años de su trabajo de campo en la Amazonia brasileña. Con el paso de los años, Albert comenzó a comprometerse activamente con la comunidad yanomami, lo que terminó por afianzar sus lazos con Kopenawa. A juicio del antropólogo, el único modo de considerar los “datos” etnográficos como un intercambio correcto y justo era mediante el compromiso total y la colaboración cruzada entre ambas partes. Precisamente esto lo llevó a la creación de una organización no gubernamental para la ayuda, protección y reclamación de los derechos de los yanomami, tarea esencial para él tras presenciar las grandes tragedias de las cuales fueron víctimas no sólo por parte del Estado brasileño, sino también por los explotadores de oro —*garimpeiros*—, quienes destruyeron una parte importante de las tierras yanomami y diezmaron a la población. En este contexto, a finales de la década de 1980, y por iniciativa de Kopenawa, surgió la idea de poner en conocimiento del “hombre blanco” las enseñanzas del chamán yanomami. Este importante proyecto tardó en ser completado alrededor de 15 años. La edición final se realizó a mediados de la primera década del siglo XXI.

Este libro, en palabras de Albert, debe ser entendido como “*a life story, autoethnography, and cosmoeological manifesto —is an invitation to travel in the history and mind of Davi Kopenawa, Yanomami Shaman*” (p. 1). La idea de una autoetnografía no deja de resultar llamativa. Se desprende de este libro una fuerte voluntad de desligarse de otros géneros que han sido importantes en las últimas décadas, como la autobiografía y el testimonio. En primer lugar, porque lo importante de las palabras de Kopenawa no son los acontecimientos de su vida personal. Éstos son sólo un vehículo para canalizar sus reales aspiraciones. Por otro lado, se aleja de lo que podríamos llamar en términos amplios un “testimonio”, toda

vez que no pretende darle voz a un sujeto subalterno para que relate las atrocidades que le han ocurrido a él y a su pueblo con un fin reivindicativo. Al mismo tiempo, Kopenawa no intenta exponer a los “hombres blancos” el sufrimiento de su pueblo para recibir ayuda y constituirse como una voz representativa de su comunidad. Por el contrario, el objetivo de este libro parece no ser otro que transmitir las enseñanzas del chamán yanomami a aquellos hombres y mujeres que no las conocen. En otras palabras, busca educar a la población que él denomina “blanca” para que adquiera una conciencia del mundo que le es completamente ajena. En este sentido, es un texto que se posiciona en una perspectiva de enseñanza al lector y se aparta completamente de aquella verticalidad jerárquica propia de gran parte de los trabajos etnográficos. No obstante, sería erróneo afirmar que no existe en este libro una reflexión etnográfica: quien realiza dicho ejercicio no es el antropólogo, sino Kopenawa. El intelectual yanomami comenta y critica desde su posición —sin duda etnocéntrica— una serie de prácticas fuertemente arraigadas en la cultura occidental —el trabajo, la acumulación, los cementerios y los museos, entre otras—, vistas a través de un prisma completamente destabilizador de los pilares centrales del “mundo” occidental.

Es importante, para todos los lectores de este texto, conocer y entender su origen. En primer lugar, la idea surgió del propio Kopenawa. Al pertenecer a una cultura ágrafa, se vio en la obligación de referirse oralmente a Albert, quien acumuló decenas de horas de grabación. Estos registros, dicho sea de paso, se hicieron en el idioma nativo de Kopenawa, que Albert aprendió durante sus muchos años de trabajo en la zona. El audio fue transcrito y traducido al francés para dar origen a la primera publicación. Esta sucesión de traducciones pone en evidencia, entre otras cosas, la complejidad que la traducción presenta en estos casos, más aún cuando muchas palabras no existen en un idioma u otro —las palabras *naturaleza* y *ecología* no existen en idioma yanomami,

por ejemplo—. Además, la narración escrita de Kopenawa está marcada por la fuerte presencia de un “yo” narrador. Como explica el propio Albert hacia el final del libro, ese “yo” debe entenderse desde una perspectiva doble. Si bien representa la autoría de las palabras de Kopenawa, también incluye la presencia de Albert como un “editor discreto” del texto. En esa línea, Albert ha optado por no desaparecer del texto, algo que ocurre en muchos trabajos de estas características, sino, más bien, destacar el rol central de la figura de Kopenawa, al tiempo que explica su posición mediante una introducción y el capítulo final. Sumado a lo anterior, el libro abunda en notas a pie de página en las cuales Albert explica ciertos detalles de la narración de Kopenawa. A mi parecer, este mecanismo cumple su objetivo de no “invisibilizar” al antropólogo y de manifestar la presencia de ambos autores bajo las dinámicas de una clara división del trabajo: un autor y un editor.

El libro se estructura con base en una introducción escrita por Albert, que explica el origen del texto, y en tres capítulos centrales, con las palabras de Kopenawa, cada uno dividido en ocho apartados. A modo de conclusión, se suman dos capítulos, uno producido por Kopenawa —“Words of Omama”— y otro por Albert —“How this Book was Written”—. Por último, el texto cuenta con una serie de apéndices en los cuales se refiere cierta información importante en relación con los yanomami, como su distribución geográfica y algunos comentarios sobre su lengua e historia, y sucesos importantes recientes, como la masacre de 16 indígenas yanomami a principios de la década de 1990 a manos de buscadores de oro. En mi opinión, la distribución del libro es sumamente apropiada y permite una lectura fluida. Los comentarios introducidos por Albert tanto al comienzo como al final no dejan de ser esenciales, ya que gracias a ellos se experimenta una lectura mucho más completa de la narración de Kopenawa, a la vez que informan sobre una serie de detalles fundamentales respecto a la producción del libro.

Quisiera resumir a continuación una serie de puntos que encuentro esenciales en la propuesta de Kopenawa. El primero, que sin duda es el principio rector de su cosmovisión, es que el planeta, y todo lo que en él se encuentra, está vivo. No existe una distinción entre las personas y el medio ambiente. Forman parte de un mismo todo. Los ríos, el bosque, las piedras y el viento, todos son seres vivos que coexisten en un nivel de equivalencia. Como Kopenawa repite con insistencia, todos están allí por alguna razón y deben ser respetados. Para los yanomami, el creador del mundo es Omama. Él creó a los hombres y todo lo que los rodea. Su hermano Yoasi, por su parte, inventó la muerte. Omama fue el creador no sólo de quienes habitan la selva, también de los lejanos hombres blancos que olvidaron su origen. Este elemento es recurrente en la narración de Kopenawa. Lo que ha de caracterizar al hombre blanco es su profunda capacidad de olvido, que se manifiesta en una serie de elementos, por ejemplo, su dependencia de la escritura para recordar su historia, el olvido y abandono de sus *xapiri* —espíritus— y el olvido de las enseñanzas de Omama respecto a proteger y cuidar el planeta en el que vive. Lo único que los hombres blancos lamentablemente recordaron, según Kopenawa, era que en otra parte del mundo existía aún un gran bosque, el Amazonas, que podía ser devastado y destruido una vez que hubiesen acabado con los propios.

Los chamanes yanomami sostienen una relación directa con Omama, que manifiesta y transmite sus pensamientos por medio de los *xapiri*, espíritus que habitan el bosque y que son hechos descender por los chamanes con el objetivo de que bailen para ellos. Cada chamán construye una “casa” para alojar a sus *xapiri*, a quienes deberá cuidar durante toda su vida. A cambio de esto, los espíritus lo protegerán y guiarán. Para entrar en comunicación con los *xapiri*, los chamanes deben inhalar *yakoana*, una sustancia a la que sólo pueden acceder los iniciados y que les permite llevar a cabo sus rituales. Bajo los

efectos de esta planta los chamanes pueden llevar a cabo sus actividades. Sin duda, la más importante es la sanación de los enfermos. En este punto, resulta altamente significativa la aclaración de Kopenawa acerca de su relación con la medicina de los blancos. Señala que los *xapiri* sólo pueden hacer frente a las enfermedades que les son conocidas, por lo tanto, dependen de las medicinas de los extranjeros para enfrentar epidemias que fueron traídas por ellos y que han causado la muerte a gran parte de la población yanomami, como la malaria.

Kopenawa busca llamar la atención y frenar la brutal explotación del planeta por el hombre. A su juicio, la destrucción que los blancos llevan a cabo, en especial en el Amazonas, es un daño irreparable y que no sólo afectará a los habitantes de la región, sino al mundo entero. La explotación de la región amazónica instrumentada con proyectos legales e ilegales ha provocado una catástrofe sin precedentes. Esto ha traído consigo la muerte de miles de indígenas yanomami y la desaparición de muchos chamanes. Según Kopenawa, cuando todos los chamanes hayan muerto, ya no habrá nadie capaz de sostener el cielo y éste se vendrá abajo, lo que marcará un nuevo fin del mundo. En sus palabras: “*That is why, for us, what the white people call ‘future’ is to protect the sky from the xawara epidemic fumes [...]. If we [chamanes] dissappear, they [los blancos] will not live very long after us*” (p. 407).

Por otro lado, el intelectual realiza una crítica demoledora al capitalismo actual que impera en el mundo occidental. Gracias a la invitación de diversas organizaciones no gubernamentales preocupadas por el medio ambiente, Kopenawa ha visitado algunas de las ciudades más importantes del mundo, donde ha podido apreciar las condiciones de vida del autodenominado Primer Mundo. Así, señala el contraste entre las prácticas yanomami y las occidentales. Un buen ejemplo son las prácticas hereditarias y de posesión. Para los yanomami, los objetos no son posesiones, sólo son útiles mientras cumplen

su función. Si ya no los necesitan, los hacen circular hacia quienes los requieren. Algo similar ocurre tras la muerte de alguien. Una vez que una persona ha muerto, todas sus pertenencias son destruidas, lo que elimina cualquier tipo de concepto de herencia y de acumulación transgeneracional. A diferencia de esto, señala que las casas de los hombres blancos están llenas de “*innumerable goods, but their elders never give them to anyone. If they were really great men, shoulnd’t they tell themselves that it would be wise to distribute them all before they make so many more?*” (p. 338). También señala una idea muy interesante respecto a la acumulación que impera en el mundo capitalista: “*they are used to greedily hoarding their goods and keeping them locked up. In fact, they always carry many keys on them, which are for houses where they keep their merchandise hidden*” (p. 338). A esta visión se suma su perspectiva en cuanto al trabajo. Por un lado, expone la idea de que muchas veces los yanomami son considerados personas flojas porque no derriban tantos árboles como los blancos. Por otro lado, explica lo ridículo de tener que trabajar durante toda una vida, sometido a jornadas extenuantes, para tener acceso a una serie de cosas que la naturaleza provee sin costo monetario alguno. Esta visión etnográfica de Kopenawa es probablemente uno de los análisis más importantes respecto al sistema capitalista actual que rige a gran parte del planeta.

Sin duda, el brillante y lúcido pensamiento de Kopenawa se proyecta en una serie de direcciones imposibles de concentrar en pocas páginas. Es un texto que, como se ha mencionado, opera en una doble dimensión. Transmite toda la sabiduría y reflexión de los chamanes yanomami, preservada durante muchas generaciones. Sin embargo, si bien esta visión es antigua y está profundamente arraigada en estos sujetos, ha comenzado a ser discutida en Occidente en los últimos años, principalmente a raíz de la debacle ecológica. Un buen ejemplo de ello sería el reciente artículo de Dipesh Chakrabarty, “*The Climate of History: Four Theses*” (2008).

Precisamente esto dota al libro de su sentido de urgencia. Es la visión de una comunidad que desde hace muchas décadas ha tenido presente la catástrofe natural que el hombre comenzó a provocar a partir de sus primeras incursiones en el Amazonas y que expone el origen de esta crisis, negado permanentemente por la política tradicional de los Estados: el capitalismo en sus diversas fases y la ilusión del progreso. No obstante este aspecto central del relato, no podemos dejar de reconocer y valorar el análisis etnográfico realizado por Kopenawa, puesto que es capaz de exhibir y llevar al absurdo las lógicas de acumulación de capital que hoy dominan gran parte del globo, al mismo tiempo que desvela la completa futilidad de este régimen una vez que haya causado que el cielo caiga sobre nuestras cabezas de manera irreversible.

Por diversos motivos es un texto que no debe dejar de leerse. En primer lugar, presenta una concepción muy interesante del mundo y de la vida, que pocas veces es expuesta con tanto detalle para un público amplio. En segundo lugar, se presta como

una buena lectura, hecha desde “afuera” de nuestro propio sistema de vida, inserto en la fase tardía del capitalismo. Finalmente, en términos académicos, se orienta como una importante actualización epistemológica al interior de la antropología y replantea la jerarquía y la relación entre el etnógrafo y sus sujetos de estudio, al posicionarlos ya no como un mero objeto de estudio del cual es posible extraer cierta información, sino, más bien, como un compromiso extensible a los más diversos ámbitos de la responsabilidad social y política. En cuanto a la traducción, resulta sin duda muy bien cuidada y logra adecuarse a los énfasis de los autores. No se puede dejar de agradecer la labor realizada por ambos traductores, que ha permitido ampliar exponencialmente la circulación de este importantísimo libro. Para quienes estén interesados en conocer otras publicaciones de Kopenawa, recomiendo visitar el sitio web *Povos Indígenas no Brasil* (<<http://pib.socioambiental.org/>>), un gran proyecto orientado a la visibilización, rescate y defensa de las diversas comunidades indígenas que habitan actualmente en Brasil. **D**

Bibliografía

Chakrabarty, Dipesh, 2008, “The Climate of History: Four Theses”, en *Critical Inquiry*, núm. 35, pp. 197-222.